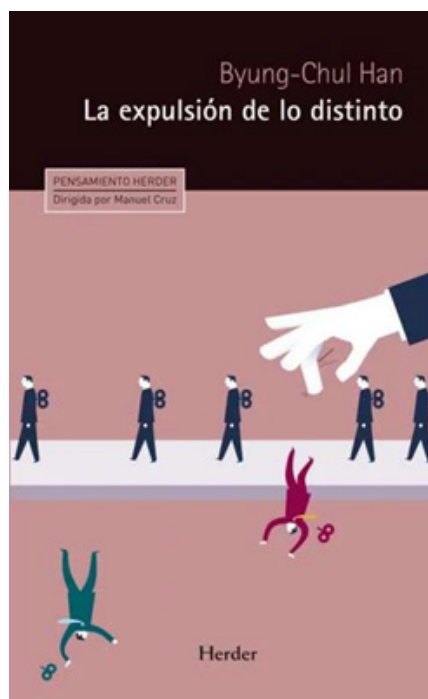


# 09

# La expulsión de lo distinto: Byung-Chul Han

Jairo Crispín<sup>1</sup>   
Colombia

**Para citar este artículo:** Crispín, J. (2021). La expulsión de lo distinto: Byung-Chul Han. *Ciudad Paz-ando*, 14(1), 110-114. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.16229>



Han, B. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder Editorial

<sup>1</sup> Trabajador Social, Universidad Nacional de Colombia. Escritor e investigador social independiente. Director: Editorial Comunitaria Multiverso/ Bogotá, Colombia. Correo: [jcrispin@unal.edu.co](mailto:jcrispin@unal.edu.co) ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8530-4964>

Byung-Chul Han (Seúl, Corea del Sur, 1959) es Filósofo doctorado de la Universidad de Friburgo y Literato y Teólogo de la Universidad de Múnich. Perteneció a una generación de nuevos pensadores alemanes analíticos de los cambios paradigmáticos que se viven hoy en las sociedades contemporáneas del mundo occidental. Han es un crítico de lo que conceptualmente ha denominado la sociedad del cansancio. El libro *La expulsión de lo distinto* pertenece a la primera edición digital de la colección: Pensamiento Herder, dirigida por Manuel Cruz y traducida del idioma alemán al idioma español por Alberto Ciria. Está compuesto de doce capítulos.

El primer capítulo titulado: El terror a lo igual, el autor aborda como el otro ha desaparecido y ahora se configura una positividad de lo igual en donde el exceso de comunicación y consumo genera un escenario en el que las personas se autodestruyen desde una presión interna que los lleva a la depresión, al no poder pertenecer a el mundo de lo igual, al no poder consumir y perder la conciencia, sin ninguna limitación temporal. Entonces, valores como la amistad ya no se cultivan en lo distinto, sino que encuentran en las redes sociales de comunicación digital, una trasfiguración que borra la esencia de la experiencia del dolor y el vínculo de lo social en lo humano. Configurándose así una Era del Me gusta, que no es más que el fundamento de una telemática como técnica de la caridad, que se basa en una empatía, que en el trasfondo destruye el humanismo y potencia a un altruismo que destruye la cohesión social, ya que al no haber tensión dialéctica entre las relaciones interpersonales, se destruye por tanto también a la alteridad y se estandariza a los cuerpos humanos como objetos funcionales a los deseos ocultos del neoliberalismo.

En el segundo capítulo titulado: El violento poder de lo global y el terrorismo, Byung Chul Han analiza la violencia inherente al poder de la globalización que estandariza la violencia de lo igual a partir de la destrucción de la negatividad de lo distinto que cuestiona al capital global, a sus tecnologías de poder y a la manipulación a su favor de las redes sociales de comunicación. En el Internet las interacciones digitales muestran como dementes a aquellos que no piensan igual a la lógica de la globalización. En el ámbito de la política al que hace resistencia desde su singularidad al poder de lo global: se le tacha de terrorista. Se reconfigura entonces, la lógica nacionalista de una nueva derecha, en el sistema de poder hegemónico, que se identifica con lo global y en el trasfondo, engendra la injusticia masiva del orden global, porque el neoliberalismo recrudece la desigualdad social, reproduce la xenofobia, promueve el odio y el miedo a lo distinto y a sí mismo.

En el tercer capítulo titulado: El terror de la autenticidad, el filósofo surcoreano aborda como hoy la autenticidad es la forma neoliberal del yo, que intensifica una referencia narcisista en la que cada uno es productor de sí mismo, es decir el yo es aquel que se produce, se

representa y se vende como mercancía. Se establece una lógica de compararse así mismo igualándose con el otro y se provoca que la alteridad en el sujeto sea una transacción de la conformidad en lo social. Lo neoliberal habla de la diversidad, en tanto sea un recurso que se pueda explotar en el sistema. La diversidad es contraria a la alteridad, porque la segunda es reacia al juego y el engaño del capital. En las sociedades contemporáneas todos quieren ser distintos, pero todo sigue igual y se desconoce la alteridad de lo atópico, para dar paso a la positividad de lo igual, es decir al otro que es simplemente igual a una mercancía que genera diferencias comercializables que multiplican una pluralidad que se materializa en una autenticidad a partir de la capacidad de consumo que engendra una coerción narcisista en el sujeto, que le impide ver al otro, rompe el vínculo social y provoca una sensación de vacío como síntoma fundamental de la depresión, pues en el mismo Ser, se generan sentimientos negativos de miedo. Con la expulsión de lo distinto se genera una lógica de la autodestrucción, que es la actual cultura del rendimiento y la optimización personal, pues en ella se desconoce al fracaso y al conflicto como constructivos de la historia humana y personal, se impone el imperativo de funcionar o no funcionar, de producirse a sí mismo desde el vacío interior, de volverse un adicto a las *selfies*, las cuales no son más que representaciones diversas de formas vacuas del yo.

En el cuarto capítulo titulado: El miedo, el filósofo alemán retomando aspectos y postulados de la obra: El ser y el tiempo de Heidegger, analiza como la esfera de lo público y su interpretación en el ejercicio de pautas como las familiares hoy se desmoronan y dan paso a un escenario de lo inhóspito, a partir de un miedo que arranca la existencia al Ser, configurando así la dictadura del uno impersonal y el derrumbe del mundo familiar, que ahora es un miedo profundo, un aburrimiento profundo, el imperio de lo uniforme de la diversidad, de la pluralidad aparente y superficial, en el que se difumina la violencia sistemática de lo igual. Ahora, el miedo a la muerte se proscribía y se enmudece, porque se priva del lenguaje al no permitírsele hablar. Al transfigurarse su sentido, morir hoy significa el no producir y producir es la única forma de vida en el sistema global. La dialéctica de la violencia al negar a la muerte se convierte en una fuerza autodestructiva de la vida, en donde el Ser es hiperactivo, pero se queda sin habla y enmudece. En el plano de lo filosófico se erige el imperio de una diferencia ontológica, en donde lo idiota hace al idiota, como acontecimiento de una nueva realidad, pues ahora el yo se orienta en función de los demás. Es así como hoy se impone una lógica neoliberal de poder que postula que generar miedo aumenta la productividad en el sistema capitalista global.

En el quinto capítulo titulado: Umbrales, Byung-Chul Han analiza como el miedo es también producido como sensación liminar en el umbral, es decir en el tránsito de

aquello que se desconoce: en lo óntico, en la muerte, en los ritos del pasado, en la experiencia que transforma y marca al devenir del Ser en el tiempo. Cosas que por supuesto no se experimentan en la Internet porque el cibernauta es hoy un Ser que, en la realidad virtual es más turista que nunca antes, porque viaja por el infierno de lo igual y de las fantasías que son referidas a otros. Es por eso que, la comunicación digital elimina toda distancia protectora y promueve la hipercomunicación que enajena al Ser y, promueve redes de influencia que lo absorben, lo reabsorben, lo embriagan y lo sobre exponen, generándole un miedo latente que lo despoja voluntariamente de su intimidad.

En el sexto capítulo del libro titulado: Alienación, el pensador alemán citando la obra cúspide de Camus, un poema de Celan y otros autores y textos, analiza la experiencia de la extranjería que se manifiesta como estupefacción y la falta del lenguaje que ya no existe en los tiempos de la hipercomunicación. Entregamos una comunicación sin restricciones y la misma nos aturde como ruido que nos hace pensar que somos menos solitarios, ya que las relaciones han sido remplazadas por conexiones digitales que nos acomodan en una zona de bienestar que elimina la negatividad de lo extraño con un simple: Me gusta. Ser extranjero es hoy indeseable, ya que representa un obstáculo para permitir la aceleración de la circulación de la información y del capital. En este escenario el otro como alienación desaparece y lo humano es des-realizado hasta su muerte, citando a Marx, Han advierte que esta relación es similar a los postulados de este filósofo cuando habla en su obra sobre la religión, aclarando que vivimos en una época posmarxista y estar des-realizado hoy se muestra en el sistema neoliberal como: libertad, autorrealización y autooptimización. En una autoexploración que resulta autodestructiva, que configura un nuevo paradigma, que se manifiesta patológicamente en lo humano con síntomas, en los que el Ser al final, alienado y enajenado ya no siente su propio cuerpo.

En el séptimo capítulo titulado: Cuerpos que se nos contraponen, Han analiza como el cuerpo se convierte en un objeto y una noción en la que un sujeto representante se apodera de lo representado en el presente, ya que el objeto se entrega no como cuerpo, sino como mercancía. El cuerpo es una mercancía y un objeto de consumo, es una creciente descocificación y descorporalización del mundo. Los cuerpos en el nuevo orden del mundo no se contraponen y no son autónomos, ya que son cosas ahora de un orden digital descorporalizadas. Como el cuerpo no tiene mirada y voz no se encuentra como totalmente distinto, porque el sujeto ya no representa al otro, sino que se refleja así mismo como objeto.

En el octavo capítulo titulado: Mirada, Byung-Chul Han retomado el concepto de la angustia, del décimo seminario de la obra de Lacan, analiza como el psicoanalista al presentar una fábula de la visión de la máscara, puede

personificar a lo completamente distinto, desde algo que si bien infunde miedo, se manifiesta como una mirada. En el Internet se pierde la soberanía del ojo y el Ser se aliena a la mirada del otro, porque el mundo se convierte en un mundo muy pobre de miradas, es decir: en un mundo de ventanas depresivas sin miradas, en donde el paranoico hace parte de la negatividad de lo distinto, porque se percata de que la represión ahora en él mismo se expresa como un medio digital sin mirada, ya que el panóptico digital trabaja sin perspectiva, cosa que lo hace más eficiente para la vigilancia de una sociedad disciplinaria que nos hace ver libres, mientras nos desnudamos voluntariamente y somos explotados con la ayuda de la redes sociales de comunicación digital.

En el noveno capítulo titulado: Voz, el filósofo surcoreano citando a Derrida, Kafka, Barthes, Heidegger y otros, aborta como la voz viene de la exterioridad del otro al igual que la mirada que inscribe al yo en lo distinto, lo desconocido, lo siniestro y lo desapacible. La voz y la mirada pueden ser agudas y resonantes, ya que penetran en un nivel profundo de la mente debajo de la conciencia. La voz sirve para comunicarnos directamente con el otro, para poder mostrarle lo que hay dentro de nuestro yo, como si fuéramos otro. La voz mina la presencia de ánimo en el sujeto y le da atributos a su yo en lo distinto, es decir la voz nos hace receptivos, pero también cuando la voz es potente nos hace frágiles como yo, y nos conduce a la pérdida de sí mismos. En el neoliberalismo la voz de yo se robustece mientras se escinde de la voz del otro, debido a una sobrecarga narcisista. Los medios de comunicación digital al ser incorpóreos nos privan de la capacidad de pensar al otro, nos apartan de la noción de distancia en la voluptuosidad corpórea y nuestro Ser, como reflejo del yo en el otro, porque la comunicación digital es pobre de voz y mirada. Ante todo es un velo.

En el décimo capítulo titulado: El lenguaje de lo distinto, Han a partir de una serie de imágenes sobre artículos de consumo que se acoplan unos con otros, en la pantalla del ordenador del artista Jeff Koons, nos invita a ver cómo estas imágenes reflejan a nuestra sociedad y cómo la misma ha perdido la alteridad y el asombro. Si el espíritu es una crítica en perspectiva filosófica del mundo, en la sociedad del Me gusta, hasta el arte ha perdido la capacidad del asombro por lo otro. Obviamente la trascendencia de sí mismo. Pasamos de lo poético a lo digital: nos sentimos a gusto en la cultura del Me gusta, nos hipercomunicamos, a su vez restringimos los espacios de silencio del yo, convirtiendo al lenguaje en ruido sin escucha y en una crisis de la comunicación, en donde el lenguaje de lo distinto que quiere ir hacia el otro no encuentra a ese otro, en cuanto se ha eliminado en un espejo audiovisual que no refleja más que el ego del yo como espectador que se refleja en la economía de la atención, como una ética que extingue a la poética, como forma de representación del tú. Tú y yo terminan siendo igual,

porque el fin de la comunicación digital es destruir toda distancia del otro, para así hacer desaparecer el lenguaje de lo distinto.

En el undécimo capítulo titulado: El pensamiento del otro, el filósofo analiza como el Ser uno mismo va más allá de una simple definición de libertad, ya que el yo implica una carga consigo mismo, citando a Levinas, Han plantea que el yo es irremediabilmente sí mismo. El yo está cargado de un peso y un sobrepeso en toda su existencia y estos se representan en una fatiga que constituye a lo existencial, en ese sentido entonces la depresión puede ser entendida como patógena de una ontología moderna de sí mismo, que en las relaciones neoliberales de producción se incrementa hasta lo desmesurado. El Ser al perder el habla no domina la ontología y el poder de sí mismo, se representa como imposibilidad, como relación de no poder con el otro, es similar a la relación con la muerte, en donde el sujeto convierte su relación a una pasividad, de no poder, que abre acceso al otro. El poder de no poder es una fatiga que abre una fatiga para el otro, pero no es una fatiga del yo, por lo cual se introduce el tiempo del otro y se permite el tiempo de sí mismo. Configurándose una debilidad metafísica que despierta un deseo del otro, que se anuncia mediante una debilidad óptica que se traduce en la búsqueda del otro, que se circunscribe en la gravitación del yo, como búsqueda de sí mismo. Si el eros libera al yo de la depresión, el otro es una fórmula redentora. Pero en el sistema neoliberal al llevarse al ser humano al límite del rendimiento de la producción: interpretado como capacidad de vida, entonces llega la depresión al Ser que es totalmente desvinculado del otro, ya que no se rompe la máscara narcisista del yo, porque al otro simplemente se le degrada a objeto económico.

En el último capítulo del libro titulado: Escuchar, Byung-Chul Han nos plantea como en un futuro habrá una profesión que se llamara *oyente*, y acudiremos a ella como a cualquier otro profesional hoy en día, ya que no habrá nadie que nos escuche, porque los humanos estamos perdiendo la capacidad de escuchar la voz del *otro*. Escuchar no es un acto pasivo porque significa afirmar al *otro* en su alteridad. Para poder ayudar al *otro* a hablar hay que escucharlo, y escuchar es un don que ayuda a que el *otro* se libere y se cure. Escuchar es un arte y el oyente representa al *otro* la pasividad de su paciencia que aparta al ego narcisista del *otro* de la obsesión que le impide hablar de *tú a tú* al *otro*. En la cultura del *Me gusta* al emplearse

la comunicación digital expansiva y despersonalizada, no se fomenta una cultura de la discusión, pero en cambio lo que se representa como comunicación son las pasiones, que no configuran una esfera pública, sino un linchamiento digital, porque el objeto de la red digital es obtener información y productos y desintegrar al *otro* como una mera mercancía que se conecta, pero no como *otro* que entabla una relación. Si no se escucha no hay una comunidad, porque para que exista una comunidad, se hace necesario que haya un conjunto de oyentes. Si se analiza a Facebook allí no se mencionan problemas que pudiéramos comentar y abordar en común, sino que remitentes se promocionan, para encontrarse ellos mismo, cosa que hace imposible la construcción de algún discurso. Si la política es una dimensión de la escucha y es una participación activa de *otros* y su existencia, la politización del sufrimiento implica transponer lo privado a lo público. Hoy ocurre lo contrario porque la interconexión digital favorece al neoliberalismo. Pero se puede elaborar una ética de la escucha que sirva para reconciliar, sanar y redimir el problema social del sufrimiento humano. A futuro debemos construir sociedades de personas oyentes que atienden al otro, además de crear una revolución temporal en donde redescubramos el tiempo del otro, como un tiempo de la fiesta en donde podamos salir de la sociedad del cansancio que es sorda, para poder construir comunidades en nuestras sociedades a partir de la escucha.

A manera de conclusión, este ensayo es valioso porque nos invita a pensar como el fenómeno de la escucha puede representar una dimensión política como acción en la participación activa de la transformación de lo indeseable que se representa como aquello que genera sufrimiento y rompe el lazo comunitario entre las personas. Invita a preguntarnos ¿Por qué ahora nos quedamos a solas con el sufrimiento y el miedo? ¿Por qué estos se han privatizado y han pasado a la esfera de lo privado? ¿En dónde se convierten los mismos en una estrategia de dominación del sistema capitalista neoliberal? ¿Por qué lo privado debe ser curado y tratado desde una terapia individualizada sin establecerse una conexión entre lo privado y lo público, cuando la transposición política debería invitarnos más bien a curarnos a partir de la sociabilidad de nuestros miedos y sufrimientos en lo colectivo?

## Referencias

Han, B. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder Editorial

